

Las virtudes del psicoanalista

Daniel Biebel¹

La prudencia atañe a las acciones que hay que realizar, la valentía en las cosas que hay soportar, la templanza en las cosas que hay que querer, la justicia en las cosas que hay que atribuir.

Pierre Aubenque

Me propongo en esta ocasión articular algunas reflexiones que provienen de fuentes clínicas y extraclínicas. Tomaré de estas últimas lo que podríamos llamar el reclamo de sensatez e integridad, y hablaré de adolescentes, analistas y virtudes.

Se menciona a menudo que una parte importante del vivenciar adolescente pasa por el desengaño frente a la falta de sensatez e integridad de los adultos, cuya impostura los lleva a la búsqueda desesperada de modelos creíbles.

Es quizás en la adolescencia donde más claramente se expresa este reclamo a sus cuidadores, padres, maestros, profesores, jefes, aunque seguramente, al igual que la sexualidad, tiene su comienzo tempranamente. Suele manifestarse con formas de autoexclusión, segregación y clausura o agrupamientos basados en identificaciones horizontales con aquellos que se supone padecen de lo mismo. Se produce allí un arrastre desde la consideración del grado de sostén que pueden recibir, la búsqueda, crítica, rechazo y confirmación o no de la altura ética de sus padres y desde allí embisten contra el valor de la vida y hasta llegan a la consideración del suicidio como salida. La adolescencia es el tiempo del segundo desengaño

¹ Presentado en el Panel de Ética y Psicoanálisis, en XXX Congreso de la Federación Psicoanalítica de América Latina (Fepal), 2014.

que lleva a una reestructuración valorativa y en el cual la reconstrucción del carácter se produce en poderosa tensión entre valores diversos y aun entre valores y disvalores.

Este reclamo de sensatez e integridad puede articularse con nociones éticas que provienen de diversas fuentes a lo largo de la historia de experiencias y de reflexiones sobre modos de vivir la vida. Las cuestiones éticas no conciernen primordialmente a especialistas; cada persona, en su nivel más profundo, se convierte, a partir de sus propias vivencias y reflexiones, en un participante activo de la gran tarea racional colectiva de la humanidad en el desarrollo de la ética a partir de vivir, sufrir, discurrir y discutir. Es así como pienso el desarrollo de la ética.

Podemos pensar este reclamo de sensatez e integridad desde lo que se da en llamar *teoría de las virtudes*, considerada preferentemente desde la perspectiva aristotélica de las virtudes (*aretái*), virtudes éticas y dianoéticas, morales e intelectuales. Según Gómez Robledo, Aristóteles parte de la significación originaria griega, en la que la virtud en general es una excelencia o perfección radicada en cualquier ente y en cualquiera de sus atributos, el punto de madurez del sujeto en que dicha excelencia reside. “La virtud es una disposición selectiva que consiste en un término medio relativo a nosotros, determinado por la recta regla y por aquella por la cual decidiría el hombre prudente” (Aristóteles, *Ética a Nicómaco*, II, 6, 1106 b 36).

En Aristóteles, las *virtudes intelectuales* perfeccionan la parte racional del alma, el logos; las *virtudes morales*, la parte irracional, el ethos o carácter del hombre. Entre las primeras están la *phrónesis* o prudencia; entre las segundas la fortaleza y la templanza. Podemos agregar que las *virtudes cardinales* enunciadas por Platón, y recogidas por los estoicos, pasan luego a Cicerón y de allí a San Ambrosio. Son la prudencia, la templanza, la valentía y la justicia.

Para Aristóteles, la prudencia es la virtud de la parte calculadora del alma intelectual, no es una ciencia sino otro género de conocimiento; no tiene una esencia en referencia a la cual definirse, sino que remite a la existencia del prudente como fundamento de todo valor. No se trata ya del hombre de bien que tiene la mirada fijada en las Ideas, sino de nosotros que tenemos la mirada fijada en el hombre de bien.

Si lo que pretendemos es conectar la doctrina de las virtudes con la práctica analítica, ¿es posible que la virtud de la templanza (*sophrosíne*) sea la que se ejerce al mantener la regla de abstinencia?

Relaciono el reclamo ético de sensatez e integridad que mencioné como característico del adolescente y lo conecto con el reclamo ético presupuesto en última instancia por todo paciente. La comunidad psicoanalítica, así como la sociedad en su conjunto reclaman de la ética y la responsabilidad del psicoanalista, sensatez e integridad.

Estas son algunas de las virtudes que se requieren de un psicoanalista, no para el ejercicio de su profesión en general sino para aquello que se da en cada situación analítica, con cada paciente, en cada sesión y a lo largo de cada tratamiento psicoanalítico.

Si damos por aceptado que el paciente espera de su analista ciertos conocimientos y habilidades que lo tornen adecuado para sus fines, observamos que los pacientes también esperan y reclaman otros ingredientes esenciales en la persona de su analista tales como compromiso emocional y compromiso ético.

El analista en el ejercicio de su función ha de dar cuenta de estas virtudes y responder por la estatura de las mismas, sabedor al mismo tiempo de que no se trata de posesiones de una vez y para siempre, que su consistencia tiene fisuras, y que es constitutivamente vulnerable a los embates propios, de su paciente y del medio circundante.

El analista es el responsable mayor en el mantenimiento de las condiciones del campo analítico que permiten el desarrollo del proceso analítico, lo cual se expresa y se sostiene en el carácter asimétrico del campo. Esta asimetría se ha de poder expresar en todos los dominios requeridos y por lo tanto en el terreno de la comprensión, de la sensibilidad y de las virtudes éticas y dianoéticas. No se trata de lo que el analista tiene que ser y tener en términos absolutos, conocimientos, habilidades y virtudes superiores a los de su paciente, sino que ha de estar preparado para sostener los desfallecimientos de las mismas en su paciente no reclamando lo que les falta en ese momento, sino ayudando a las transformaciones requeridas, y soportando ser él mismo no tratado con la indulgencia que sí se requiere que él tenga para con las caídas de su paciente. Indulgencia para consigo mismo también, y nunca complacencia.

Por lo demás también son vínculos asimétricos los de la relación parento filial, la relación pedagógica, la relación política gobernante-gobernado. En todas ellas, la responsabilidad por la salud y el desarrollo de la relación y de sus fines específicos son mutuas, pero la existencia de la asimetría supone que a uno de los polos se le exija un plus y esto así debe ser, para

que se dé el crecimiento en el otro polo. El resultado esperado es la transformación en ese polo que la relación exige para la plenitud y los logros de la misma.

El paciente nos pide que lo ayudemos, y esto contiene e implica diversas actitudes. Que seamos pacientes, comprensivos, respetuosos y que reconozcamos y aceptemos su alteridad y su libertad. Pero sabemos también –y es de observación corriente– que en muchos momentos son otros sus requerimientos: más regresivos, más dependientes, arbitrarios y omnipotentes. ¿Por qué hacemos lugar y valoramos su afán de crecer y no el de depender y someterse? ¿Por qué allanamos el camino para el desarrollo de su creatividad, de su capacidad de amar, de disfrutar y de trabajar y no alentamos y despejamos la posibilidad de que concrete sus fantasías más omnipotentes y destructivas respecto de sí mismo y de otros? Es evidente que no podemos dejar de valorar y de tener una concepción de la salud mental, del crecimiento mental, del valor del conocimiento, de la dignidad humana y de la libertad, aun cuando no sepamos cuánto de ello es realizable en esta vida y en esta Tierra. Si todo esto es así, ¿cómo podemos pensar que no es nuestra tarea también, pensar en la problemática del valor y de las virtudes humanas?

La puesta entre paréntesis de muchos de estos factores durante la sesión analítica no implica su ausencia ni tampoco su inoperancia, sino la ineludible consideración ponderada de los mismos respetando sus articulaciones con los componentes más manejables de los órdenes del saber y de la sensibilidad, así como las turbulencias de los sentimientos y las pasiones. El orden de las virtudes opera constantemente, sin estridencias, alabanzas ni vituperios, pero es el garante y condición necesaria de la posibilidad del desarrollo de un genuino proceso psicoanalítico.

Y es por medio de la prudencia –*phrónesis* aristotélica–, que el psicoanalista ha de sostener el timón de ese viaje finito e interminable.